

¿Quién no se llama Carlos o cualquier otra cosa?

CARLOS IVAN DEGREGORI

Los nombres tejen una red sutil a nuestro alrededor y si no estamos alertas, pueden terminar apoderándose de nosotros y moldeándonos a su imagen y semejanza.

Porque los nombres, al menos en épocas pasadas, significaban algo. Si recuperamos ese sentido perdido, la inofensiva Elena, por ejemplo, se convierte en Elenao, "destructora de naves". Y pocos se animarían a llamar a su hija Eleandra, "destructora de hombres".

Por alguna razón los nombres me transmitieron siempre una fascinación especial. Todo comenzó en casa. No sé cómo mi abuelo, campesino de un anexo del distrito de Llauta, en la provincia de Llauta, en la provincia de Lucanas, eligió —seguramente con sumo cuidado— tales nombres para sus hijos. Los había latinos como Ovidio y Octavio; griegos: Aristides; árabes: Ismael y Zelmira, o gloriosamente góticos como: Griselda, mi madre.

Bueno, quizá no cause tanto asombro si se tiene en cuenta que él mismo se llamaba Diógenes y que al morir mi abuela tomó como se-

gunda esposa a una dama carhuacuchana de atuendo andrino y helénico nombre: Emeteria.

Creciendo en un vulgar mundo de Jaimes y Titos, esos tíos que iban y venían entre Lima y "la quebrada" se me aparecían adornados con sus nombres exóticos colgando orgullosos como la corona de plumas de Cuatémoc. Se me cruzaban así la provincia y la historia universal.

Para aumentar más mi confusión y asombro, amigas de mi familia eran tres señoritas que a la belleza de sus canas sumaban la de sus nombres: Ondina, Zoraida, y Moraima, siempre visitando a mis tías, llamadas para no ser menos Dina y Dorila Cayetana.

Se me volvían a cruzar los chicotes, pues las purísimas y tiernas hermanas, incuestionablemente vírgenes, se entremezclaban en mi mente con las vagas imágenes que tenía de Ondinas —si no me equivocó una especie de sirenas— y de Zoraidas y Moraimas, en mi imaginación hurries de las Mil y una noches.

En ese mundo fascinante, qué decepción llamarme Car-

los. Fue porque a mi padre se le ocurrió que todos sus hijos se llamaran como él, cambiando sólo el segundo nombre hasta completar las cinco vocales: él, Carlos A., mis hermanos Carlos O. y Carlos E., yo Carlos I. Por algún motivo que desconozco, cuando sólo faltaba Carlos U. y nació mi último hermano, mi padre desistió súbitamente de culminar su cometido y lo llamó Luis Felipe, quizá para no castigar al último fruto de su varonía con un nombre como Uriel o Ubaldo, ¡pobre!

El problema se volvió dramático cuando en la adolescencia, temprana llegué a leer el humillante poema de Vallejo: quién no tiene un terno azul, quién no se llama Carlos ¡o cualquier otra cosa! Nunca he vuelto a tener un terno azul.

Sería por entonces que me vino la idea de que uno mismo pudiera elegir su(s) nombre(s). Poco después, la antropología confirmó la justicia de mis pretensiones.

Atrapado en las seis letras de mi nombre me enteraba cómo a los judíos alemanes del S. XIX, que seguían llamándose como en la época

de Jesucristo, por ejemplo: Jesús, hijo de José, nieto de Joaquín, etc. los obligaron a llevar *apellido*, y sabiendo que iban a quedar presos generación tras generación en una misma palabra, muchos dieron rienda suelta a su imaginación y decidieron tener al menos una prisión poética. Así surgieron los Rosentahl; valle de rosas; Rosenbergs: montaña de rosas Blumentahl; valle florido. Aunque a algunos les saliera también la tradición mercantil: Goldenbergs: montaña de oro

(Ya que hablamos del significado de los nombres y he mencionado a Jesucristo, recordaré que en un curso de literatura en el colegio, se mencionaba una obra de Fray Luis de León: "De los nombres de Cristo". Eran trece, lo cual me pareció ya un poco exagerado, y el primero "Pimpollo", una blasfemia equívoca).

En el Perú antiguo, los niños recibían un nombre al nacer. Con frecuencia eran nombres de hierbitas: Paico, por ejemplo. Pero de adolescentes, después del *huarachikuy* se lo cambiaban por uno de su elección: Sulca

Cóndor, digamos, Cóndor Joven; y más tarde podían volverse a cambiar, por Auca Cóndor, por ejemplo: Cóndor Poderoso.

También al llegar a la adolescencia los Nuer, pastores niloticos, toman un nombre por lo general el de su vaca o toro favoritos. Claro que ahora eso sería peligroso, pues proliferarían Menudos y Parchises, pero valdría la pena el riesgo.

En mi caso, fue en la adolescencia que emprendí una batalla para hacerme llamar por mi segundo nombre: Iván, sin mayores resultados, porque los nuevos amigos, al entrar en contacto con las antiguas redes familiares y amicales, retrocedían apallados por el Carlos y sus múltiples diminutivos y variantes. Finalmente me reconcilié conmigo mismo en una transacción reformista: Carlos Iván. Ahora, si me preguntan qué nombre elegiría, optaría posiblemente por los que me dieron al nacer. Pero a veces se remueven viejos conchos y quisiera ser otro hombre o muchos hombres de diferentes épocas, culturas y oficios. Y me pongo a escribir.